

¿Cuánta Tierra Necesita un Hombre?

- I -

La hermana mayor fue al campo a visitar a la hermana menor. La mayor estaba casada con un comerciante de la ciudad, en tanto que la menor con un campesino del pueblo. Mientras las hermanas se sentaban a platicar tomando su té, la mayor empezó a ensalzar las ventajas de la vida citadina, hablando de qué tan cómodamente vivían ellos allá, qué tan bien vestían, qué tan buena ropa llevaban sus hijos, cuántas cosas buenas comían y bebían y cómo ella iba al teatro, a paseos y a entretenimientos.

La hermana menor se sintió provocada y, a su vez, criticó la vida del comerciante y se puso a defender la del campesino.

‘No cambiaría mi forma de vivir por la tuya’, dijo. ‘Puede ser que vivamos toscamente, pero por lo menos no padecemos ansiedades. Tu estilo de vida es mejor que el nuestro, pero aunque a menudo ganan más dinero del que necesitan, es probable que pierdan todo lo que tienen. Ya conoces el proverbio: “Perder y ganar son hermanos gemelos”. A menudo sucede que la gente es rica un día y mendiga su pan al día siguiente. Nuestro estilo es más seguro. Aunque la vida del campesino no es fácil, sí es larga. Nosotros nunca seremos ricos, pero siempre tendremos suficiente que comer’.

La hermana mayor dijo entonces socarronamente:

‘¿Suficiente? Claro, si lo quieres compartir con los puercos y los becerros! ¿Qué saben ustedes de la elegancia de formas? Por mucho que tu buen hombre se esclavice, morirán tal como viven ahora - sobre un montón de estiércol - y sus hijos también’.

‘Bueno ¿y qué con eso?’, replicó la menor. ‘Desde luego que nuestro trabajo es pesado y rudo. Pero, por otra parte, es seguro y no necesitamos inclinarnos ante nadie. Pero ustedes, en sus ciudades, están rodeados de tentaciones; hoy todo puede estar bien, pero mañana el Maligno puede hacer caer a tu marido en tentaciones con cartas, vino o mujeres y se irán a la ruina. ¿Acaso no suceden esas cosas muy seguido?’

Pajóm, el señor de la casa, estaba sentado en la estufa y escuchaba la charla de las mujeres.

‘Es totalmente cierto’, pensó. ‘Aunque desde nuestra niñez estemos ocupados trabajando en la madre tierra, nosotros los campesinos no tenemos tiempo para que se nos metan tonterías en la cabeza. Nuestra única preocupación es que no tenemos suficiente tierra. Si yo tuviera mucha tierra, no le tendría miedo ni al mismísimo Diablo!’

Las mujeres terminaron su té, platicaron un poco acerca de vestidos, levantaron la mesa y se prepararon para dormir.

Pero el Diablo había estado sentado detrás de la estufa y había oído todo lo que se había dicho. Le había complacido que la esposa del campesino hubiera logrado que su esposo se jactara de que si tenía mucha tierra no le tendría miedo ni al mismo Diablo.

‘Muy bien’, pensó el Diablo. ‘Tu y yo vamos a medirnos. Te voy a dar bastantes tierras y por medio de esas tierras te tendré en mi poder’.

- II -

Cerca del pueblo vivía una dama, una pequeña propietaria que tenía un terreno de más o menos trescientos acres. Siempre había estado en buenos términos con los campesinos hasta que contrató como ayudante a un viejo soldado, el cual se dedicó a imponerle multas a la gente. Por cuidadoso que Pajóm intentaba ser, siempre uno de sus caballos se comía avena perteneciente a la dama, una vaca invadía su jardín, sus becerros se extraviaban en sus praderas - y siempre tenía que pagar una multa.

Pajóm pagaba pero rezongaba y al regresar a su casa de mal humor era rudo con su familia. A lo largo de todo ese verano, Pajóm tuvo muchos problemas con ese ayudante, por lo que mucho se alegró cuando llegó el invierno y el ganado se tuvo que quedar en el establo. Aunque a regañadientes les daba el forraje cuando no podían pastar en la tierra, por lo menos no le causaban ninguna ansiedad.

Durante el invierno llegaron noticias de que la dama iba a vender su tierra y que el dueño de la posada de la calle mayor estaba negociándola. Cuando los campesinos oyeron esto se alarmaron mucho.

‘Bueno’, pensaron, ‘si el dueño de la posada se queda con la tierra, nos estará molestando con multas peores que las del ayudante de la dama. Todos dependemos de esa propiedad’.

Entonces los campesinos, en nombre de su comunidad, le pidieron a la dama que no le vendiera la tierra al dueño de la posada y le ofrecieron inclusive un mejor precio. La dama aceptó que ellos se quedaran con la tierra. Entonces los campesinos intentaron arreglar que la comuna comprara toda la propiedad, de manera que ellos en común pudieran sostenerla. En dos ocasiones se reunieron para discutir el asunto, pero no pudieron arreglar nada; el Maligno sembró la discordia entre ellos y no llegaron a ningún acuerdo. Así que decidieron comprar tierra en forma individual, cada quien según sus posibilidades; y la dama accedió a este plan, tal como lo había hecho con el otro.

Pajóm oyó entonces que uno de sus vecinos iba a comprar cincuenta acres y que la dama había aceptado que le pagara la mitad en efectivo por adelantado y que esperaría un año para recibir la otra mitad. Pajóm sintió envidia.

‘Qué tal!’, pensó, ‘toda la tierra se vende y yo no recibo nada’. Así le habló a su esposa.

‘Otros están comprando’, dijo, ‘y nosotros también tenemos que comprar unos veinte acres. La vida se está volviendo imposible. Ese ayudante nos está arruinando con sus multas’.

Se pusieron entonces a pensar juntos y a considerar cómo podían arreglárselas para comprar la tierra. Tenían por allí cien rublos. Vendieron un potro y la mitad de sus abejas, pusieron a trabajar a uno de sus hijos y recibieron su paga por adelantado; pidieron prestado el resto a un cuñado y de esa manera reunieron la mitad del dinero.

Una vez hecho esto, Pajóm eligió una granja de cuarenta acres, con un poco de bosque, y fue a ver a la dama para negociar con ella. Llegaron a un arreglo; le dio un apretón de manos y le pagó la mitad por adelantado. Fueron luego a la ciudad y firmaron los documentos: él pagó la mitad y se comprometió a pagar el dinero restante en dos años.

Pajóm tenía entonces ya su propia tierra. Pidió prestada semilla y la sembró en la tierra que había comprado. La cosecha fue buena y en un año lograba liquidar sus deudas tanto con la dama como con su cuñado. Se convirtió entonces en propietario, arando y sembrando su propia tierra, haciendo heno en su propia tierra, cortando sus propios árboles y alimentando a su ganado con su propia pastura. Cuando salía a arar sus campos o a mirar el trigo creciente o sus praderas, su corazón rebozaba de alegría. La hierba y las flores que allí crecían le parecían diferentes a las de cualquier otro lugar. Antes, cuando pasaba por esa tierra, ésta parecía la misma que cualquier otra, pero ahora parecía completamente diferente.

- III -

Así que Pajóm estaba contento y todo hubiera estado bien si no hubiera sido porque los campesinos de los alrededores se adentraban en sus trigales y en sus praderas. Él les llamaba la atención respetuosamente, pero eso no los detuvo: un día los comuneros dejaban que las vacas del pueblo erraran por sus praderas, al otro que los caballos salieran a pastar por las noches y aprovecharan su trigo. Pajóm los sacaba una y otra vez, perdonaba a sus propietarios y durante mucho tiempo evitó demandar a ninguno. Pero al final perdió la paciencia y se quejó en el juzgado del distrito. Él sabía que era la carencia de tierra por parte de los campesinos y no un intento malévolo de su parte lo que causaba el problema, pero pensó:

‘No puedo dejar pasar esto permanentemente, porque terminarán por destruir todo lo que tengo. Hay que darles una lección’.

Así que los reunió, les dió una reprimenda y luego otra y a dos o tres de los campesinos se les multó. Al poco tiempo, los vecinos de Pajóm empezaron a mostrar su resentimiento por eso y, de cuando en cuando, a propósito dejaban que su ganado se fuera a pastar en su tierra. Un campesino inclusive se adentró en los bosques de Pajóm durante la noche y cortó cinco árboles para quitarles su corteza. Un día que Pajóm pasaba por el bosque notó algo blanco. Se acercó y vió los troncos pelados tirados en el piso y, cerca de ellos, las cepas en donde habían estado los árboles. Pajóm estaba furioso.

‘Aunque hubieran cortado uno que otro, de todos modos estaría mal’, pensó Pajóm, ‘pero este malviviente de hecho cortó todo un grupo. Si pudiera encontrar al que hizo esto se lo haría pagar’.

Se rompía la cabeza pensando quién podría haber sido. Finalmente concluyó: ‘Debe haber sido Simón - nadie más pudo haberlo hecho’. Fue entonces a la casa de Simón para echar un vistazo, pero no encontró nada y sólo se suscitó una enojosa escena. No obstante, ahora más que nunca él tenía la certeza de que era Simón quien lo había hecho y levantó una demanda. Simón fue citado. El caso se juzgó una y otra vez y al final a Simón se le exculpó, pues no había ninguna evidencia en su contra. Pajóm se sintió todavía más agraviado y su enojo recayó sobre el mayor de los jueces.

‘Tu te dejas convencer por los ladrones’, le dijo. ‘Si fueran honestos no dejarían que un ladrón saliera libre’.

Con ello, Pajóm se peleó tanto con los jueces como con sus vecinos. Se empezaron a oír amenazas de que le quemarían lo que había edificado. Y aunque Pajóm tenía más tierra, su posición en la comuna era mucho peor que antes.

Por aquel entonces se soltó el rumor de que mucha gente se estaba yendo hacia nuevas tierras.

‘Yo no tengo por qué dejar mi tierra’, pensó Pajóm. ‘Pero quizá algunos de los demás podrían abandonar el pueblo y entonces habría más espacio para nosotros. Yo podría adquirir sus terrenos y agrandar mi propiedad. Viviría entonces más holgadamente. Así como están las cosas, estoy todavía demasiado apretujado como para vivir cómodamente’.

Un día Pajóm estaba sentado en su casa cuando un campesino que pasaba por el pueblo llamó a la puerta. Se le permitió permanecer durante la noche y se le dió de cenar. Pajóm platicó con el campesino y le preguntó de dónde venía. El extranjero le respondió que venía de más allá del Volga, en donde había estado trabajando. Una palabra llevó a otra y el hombre pasó entonces a contar que mucha gente se estaba estableciendo en aquellas regiones. Contó cómo alguna gente del pueblo se había instalado allá. Se habían unido a la comuna y se les garantizaba veinticinco acres por persona. La tierra era tan buena, dijo, que el centeno que se sembraba crecía a la altura de un caballo y era tan grueso que con cinco golpes de hoz se hacía una gavilla. Un campesino, contó, no había llevado más que sus manos y ahora tenía seis caballos y dos vacas.

El deseo ardió en el corazón de Pajóm. Pensó:

‘¿Por qué tengo que sufrir en este hoyo, cuando se puede vivir tan bien en otra parte? Venderé mi tierra y mi casa de aquí y con el dinero empezaré de nuevo por allá y todo lo que tenga será nuevo. Aquí, que está todo ya sobrepoblado, siempre habrá problemas. Pero primero tengo que ir y ver por mí mismo cómo está por allá’.

Para el verano ya estaba listo y partió. Bajó por el Volga en un barco de vapor hasta Samara, luego caminó otras trescientas millas a pie y por fin llegó al lugar. Era justo como el extranjero se lo había pintado. Los campesinos tenían tierra en abundancia: cada hombre tenía veinticinco acres de tierra comunal para su propio uso y todo aquel que tuviera dinero podía además comprar, a dos copeicas el acre, tanta tierra como quisiera.

Una vez que se enteró de todo lo que quería saber, Pajóm regresó con el otoño a su casa y empezó a vender sus pertenencias. Vendió su tierra con ganancias,

vendió su casa junto con todo su ganado y se retiró de la comuna. Esperó únicamente a que llegara la primavera y preparó su viaje con toda su familia hacia el nuevo asentamiento.

- IV -

Tan pronto como Pajóm y su familia llegaron a su nuevo lugar de residencia, él solicitó su admisión en la comuna de un pueblo grande. Trató directamente con los ancianos y obtuvo los documentos necesarios. Se le proporcionaron cinco porciones de tierra comunal para que él y su hijo las usaran, esto es, 125 acres (no todos juntos, sino en diferentes campos), además del uso de los pastizales de la comuna. Pajóm construyó los edificios que requería y compró ganado. Tan sólo de la tierra comunal tenía tres veces más que en su antigua casa y la tierra era excelente para el trigo. Era diez veces más rico de lo que había sido. Poseía mucha tierra arable y muchos pastizales y podía mantener tántas cabezas de ganado como quisiera.

Al principio, en la agitación de la construcción y el establecimiento, Pajóm estaba contento con todo, pero una vez habituado a ello empezó a pensar que ni siquiera allí tenía suficiente tierra. El primer año sembró trigo en su parte de la tierra comunal y tuvo una buena cosecha. Quería seguir sembrando trigo, pero no tenía suficiente tierra comunal para ello y la que ya había usado ya no era accesible; porque en aquellas partes el trigo sólo se siembra en tierra virgen o en tierra barbechada. Se siembra por uno o dos años y entonces la tierra se barbecha hasta que de nuevo crece en ella la hierba de la pradera. Había muchos que querían una tierra así y no había suficiente para todos; y entonces la gente se peleaba por ella. Los más ricos la querían para que en ella creciera trigo y los pobres la querían para rentarla, de manera que pudieran obtener algún dinero y pagar sus impuestos. Pajóm quería sembrar más trigo, por lo que rentó tierra por un año. Sembró mucho trigo y obtuvo una buena cosecha, pero la tierra estaba demasiado lejos del pueblo - se tenía que cargar con el trigo en carreta más de diez millas. Al poco tiempo, Pajóm se percató de que algunos campesinos rentistas vivían en granjas separadas y que estaban haciéndose muy ricos; y pensó:

‘Si comprara alguna tierra libre y construyera allí mi casa, eso sí que sería diferente. Entonces todo sería agradable y compacto’.

La cuestión de comprar tierra libre se le había ocurrido una y otra vez.

Siguió haciendo lo mismo durante tres años, rentando tierra y sembrando trigo. Las estaciones resultaron propicias y las cosechas eran buenas, de manera que empezó a acumular dinero. Podría haber seguido viviendo satisfactoriamente, pero

se cansó de tener que rentar cada año tierra de otra gente y de tener que pelear por ella. Allí donde había buena tierra, los campesinos se abalanzaban y de inmediato se la apropiaban, de modo que a menos de que fuera uno muy sagaz, no obtenía nada. Y sucedió al tercer año que él y un rentista juntos rentaron un pastizal de unos campesinos; ya la habían arado cuando entonces se produjeron querellas entre los campesinos, quienes apelaron a la autoridad y de esta manera todo el trabajo se perdió.

‘Si fuera mi propia tierra’, pensó Pajóm, ‘sería independiente y no pasaría por todos estos infortunios’.

De manera que Pajóm empezó a buscar tierra que pudiera comprar; y se topó con un campesino que había comprado mil trescientas acres, pero que ahora tenía dificultades y quería de nuevo venderla barato. Pajóm negoció y regateó con él y por fin fijaron el precio de mil quinientos rublos, parte en efectivo de antemano y parte que habría de pagarse después. No acababan de llegar a un arreglo cuando un rentista que pasaba por allí se detuvo en la propiedad de Pajóm para darle de comer a sus caballos. Tomó té con Pajóm y se pusieron a platicar. El rentista le dijo que estaba de regreso de la lejana tierra de los bashkires, en donde había comprado mil trescientas acres de tierra tan sólo por mil rublos. Pajóm lo interrogó y el negociante le dijo:

‘Todo lo que se necesita es hacerse amigo de los jefes. Yo les regalé cerca de cien rublos en ropa de seda y en manteles, además de una caja de té, y le dí vino a quien quisiera beber; y obtuve la tierra por menos de una copeica por acre’. Y le enseñó a Pajóm los títulos de propiedad, al tiempo que le decía:

‘La tierra se extiende cerca de un río y toda la pradera es tierra virgen’.

Pajóm llenó de preguntas al comerciante y éste le dijo:

‘Hay allá más tierra que toda la que pudieras cubrir si caminaras durante un año y toda pertenece a los bashkires. Son tan simplones como borregos y uno puede obtener tierra casi por nada’.

‘Ahora sí’, pensó Pajóm, ‘con mis mil rublos ¿por qué habría que tener nada más mil trescientos acres y, por si fuera poco, llenarme de deudas? Si los llevo allá, podré tener diez veces más por el dinero’.

- V -

Pajóm investigó sobre cómo llegar al lugar y tan pronto como se fue el comerciante, se preparó para él mismo ir allá. Encargó a su esposa el cuidado de la casa e inició su viaje con su sirivente. Durante su recorrido, se detuvieron en un pueblo y compraron una caja de té, algo de vino y algunos otros presentes, tal como el comerciante había aconsejado. Prosiguieron su camino hasta que recorrieron más de tres mil millas y al séptimo día llegaron a un lugar en donde los bashkires tenían plantadas sus tiendas. Todo era exactamente como el comerciante se lo había contado. Allí las gentes vivían en la estepa, cerca del río, en tiendas de campaña. Ni trabajaban la tierra ni comían pan. Sus ganados y caballos pastaban en rebaños por la estepa. A los potros los amarraban detrás de las tiendas y a las yeguas las llevaban con ellos dos veces al día. A las lleguas las ordeñaban y con la leche se hacía kumys. Eran las mujeres quienes preparaban el kumys y también hacían queso. En cuanto a los hombres, todo lo que les importaba era beber kumys y té, comer borrego y jugar con sus pipas. Eran corpulentos y alegres y no se ocupaban de nada durante todo el verano. Eran totalmente ignorantes y ni siquiera sabían ruso, pero eran de buena naturaleza.

Tan pronto como vieron a Pajóm, salieron de sus tiendas y rodearon al visitante. Se encontró a un intérprete y Pajóm le dijo que había venido a comprar alguna tierra. Los bashkires parecían estar muy contentos; asíéndolo, lo condujeron a una de las mejores tiendas, en donde lo hicieron sentarse en unos cojines, sobre un tapete, mientras lo rodeaban. Le dieron té y kumys y mataron un borrego, del que le dieron de comer. Pajóm sacó los regalos y los distribuyó entre los bashkires; también dividió el té entre ellos. Los bashkires estaban encantados. Hablaron mucho entre sí y luego le pidieron al intérprete que tradujera.

‘Quieren decirle’, dijo el intérprete, ‘que les cae bien y que es su costumbre hacer todo lo que quiera un huésped, así como pagarle por sus regalos. Usted nos ofreció presentes, ahora díganos qué de lo que poseemos le gusta a usted más, para que se lo podamos regalar’.

‘Lo que más me gusta de aquí’, respondió Pajóm, ‘es su tierra. Nuestra tierra está sobrepoblada y el suelo está agotado; pero aquí tienen tierra en abundancia y es buena tierra. Nunca ví nada como esto’.

El intérprete tradujo. Los bashkires hablaron entre sí un rato. Pajóm no comprendía lo que decían, pero por sus gritos y risas se dió cuenta de que estaban muy divertidos. Después guardaron silencio y miraron a Pajóm mientras el intérprete decía:

‘Quieren que le diga que, a cambio de sus regalos, ellos le dan tanta tierra como usted quiera. Lo único que tiene que hacer es señalarla con su mano y es suya’.

De nuevo las bashkires hablaron durante un rato y empezaron a querellarse. Pajóm preguntó por qué peleaban y el intérprete le dijo que alguno de ellos pensaba que deberían preguntarle a su jefe acerca de la tierra y no actuar en su ausencia, en tanto que otros pensaban que no había necesidad de esperar su regreso.

- VI -

Mientras los bashkires se peleaban, apareció en escena un hombre cubierto por una gran gorro de piel de zorro. Todos ellos se callaron y se pusieron de pie. El intérprete dijo: ‘Nuestro jefe en persona’.

Pajóm de inmediato se fue a buscar la mejor bata y cinco libras de té y se las ofreció al jefe. El jefe las aceptó y se sentó en el lugar de honor. De inmediato los bashkires empezaron a contarle algo. El jefe escuchó durante un rato, hizo luego una señal con su cabeza para que guardaran silencio y dirigiéndose a Pajóm, le dijo en ruso:

‘Bien, que así sea. Escoge cuanta tierra quieras; tenemos tierra en abundancia’.

‘¿Cómo puedo tomar tanta tierra como quiera?, pensó Pajóm. ‘Tengo que tener escrituras para asegurla o si no ellos me dirán “Es tuya” y luego me la quitarán de nuevo’.

‘Gracias por sus amables palabras’, dijo en voz alta. ‘Ustedes tienen mucha tierra y yo sólo quiero un poquito. Pero quisiera estar seguro de qué pedazo es el mío. ¿Acaso no podríamos medirlo y entonces traspasármelo? La vida y la muerte están en las manos de Dios. Ustedes, buenos hombres, me lo dan, pero sus hijos podrían querer retomarlos’.

‘Tienes toda la razón’, dijo el jefe. ‘Te la traspasaremos’.

‘Yo oí que un negociante había estado por aquí’, prosiguió Pajóm, ‘y que también a él le dieron un poco de tierra y que para ello firmaron títulos de propiedad. Yo quisiera que lo hicéramos del mismo modo’.

El jefe comprendió.

‘Sí’, respondió, ‘eso es fácil de hacer. Nosotros tenemos un escribano e iremos al pueblo contigo y sellaremos debidamente el título de propiedad’.

‘¿Y cuál será el precio?’, preguntó Pajóm.

‘Nuestro precio es siempre el mismo: mil rublos el día’.

Pajóm no comprendió.

‘¿El día?¿qué medida es esa?¿cuántos acres serían?’

‘No sabemos cómo calcularlo’, dijo el jefe. ‘Nosotros vendemos por día. Será tuyo tanto como puedas abarcar a pie durante un día y el precio es mil rublos al día’.

Pajóm estaba sorprendido.

‘Pero en un día yo puedo cubrir mucho terreno’, dijo.

El jefe se rió.

‘Será tuyo entonces!’, dijo. ‘Sólo hay una condición: si no regresas el mismo día al lugar de donde partiste, pierdes tu dinero’.

‘Pero ¿cómo voy a marcar el camino que haya recorrido?’

‘Bueno, iremos a cualquier lugar que te guste y allí te esperamos. Tienes que partir de ese lugar, dar tu vuelta llevando una pala contigo. Cada vez que pienses que es necesario, haces una marca. En cada recodo harás un hoyo y amontonarás el pasto; después nosotros iremos marcando el terreno de hoyo en hoyo. Puedes cubrir un área tan grande como quieras, pero debes regresar al lugar del que saliste antes de que el sol se ponga. Y toda la tierra que cubras será tuya’.

Pajóm estaba encantado. Decidieron que saldrían a la mañana siguiente. Platicaron todavía un rato y después de beber un poco más de kumys y de comer un poco más de borrego, bebieron de nuevo té y en eso llegó la noche. Le dieron a Pajóm una cama de plumas para que durmiera y los bashkires se dispersaron, prometiendo que se juntarían a la mañana siguiente, al alba, y que temprano partirían hacia el lugar indicado.

- VII -

Pajóm se recostó en la cama de plumas, pero no pudo dormir. No podía dejar de pensar acerca de la tierra.

‘Qué extensión tan grande voy a marcar’, pensó. ‘Fácilmente puedo recorrer treinta y cinco millas por día. Los días ahora son largos y cuánta tierra habrá en un terreno de treinta y cinco millas! Le venderé la tierra a los más pobres, o se la dejaré a los campesinos, pero me reservaré la mejor y la cultivaré. Voy a comprar dos grupos de bueyes y contrataré a dos trabajadores más. Más o menos se cultivarán ciento cincuenta y cinco acres y el resto lo dejaré para que pascen el ganado’.

Pajóm permaneció despierto toda la noche y sólo dormitó un rato un poco antes del alba. No acababa de cerrar los ojos cuando tuvo un sueño. Soñó que estaba recostado en la misma tienda y que oía que afuera alguien se reía entre dientes. Se preguntaba quién podría ser; se levantaba y al salir veía al jefe bashkir sentado enfrente de la tienda, doblado de risa y agarrándose las costillas. Acercándose al jefe, Pajóm preguntaba: ‘¿De qué se ríe?’ Pero entonces se percataba de que ya no era el jefe, sino el negociante que hacía no mucho tiempo había pasado por su casa y le había platicado acerca de la tierra. Y cuando le iba a preguntar ‘¿Has estado allá mucho tiempo?’, vio que ya no era el negociante, sino el campesino que había venido del Volga y que, hacía mucho tiempo, había estado en la antigua casa de Pajóm. Vio luego que ya tampoco era el campesino, sino el mismísimo Diablo, con pezuñas y cuernos, quien estaba allí sentado y riéndose y que frente a él estaba un hombre descalzo, postrado en el suelo, vestido únicamente con pantalones y camisa. Y Pajóm soñó que veía con más atención qué clase de hombre era el que estaba allí tirado y veía que el hombre estaba muerto y que era él! Se despertó horrorizado.

‘Qué sueña uno’, pensó.

Mirando alrededor vió por la puerta entreabierta que el alba estaba a punto de romper.

‘Ya es hora de despertarlos’, pensó. ‘Deberíamos empezar ya!’.

Se levantó, levantó a su sirviente (que dormía en la carreta), hizo que enganchara a los caballos y se fue a llamar a los bashkires.

‘Ya es hora de ir a la estepa a medir el terreno’, dijo.

Los bashkires se levantaron y se reunieron; también el jefe vino. Empezaron a tomar kumys de nuevo y le ofrecieron té a Pajóm, pero él no quiso esperar.

‘Si vamos a ir, vámonos ya. Ya es hora’, dijo.

- VIII -

Los bashkires se prepararon y se enfilaron, unos a caballo y otros en carretas. Pajóm conducía su pequeña carreta con su sirviente y tomó consigo una pala. Cuando llegaron a la estepa, la rojiza mañana había empezado a alumbrar. Subieron por un cerro (llamado por los bashkires un *shiján*) y, al desmontar de caballos y carretas, se reunieron en un punto. El jefe se aproximó a Pajóm y tendió su brazo sobre la llanura;

‘Vé’, le dijo, ‘todo esto, tan lejos hasta donde alcance tu vista; es tuyo. Puedes tomar la parte que quieras’.

Los ojos de Pajóm brillaron: todo era suelo virgen, tan plano como la palma de la mano, tan negro como los granos de la amapola y en las hondonadas crecían hasta la altura del pecho diferentes clases de pastos.

El jefe se quitó el gorro de piel de zorro, la colocó en el piso y dijo:

‘Esta será la marca. Partes de aquí y regresa de nuevo aquí. Toda la tierra que puedas abarcar será tuya’.

Pajóm sacó su dinero y lo puso en el gorro. Luego se quitó su abrigo y se quedó en camiseta. Se ciñó el cinturón apretándoselo por abajo del estómago, puso un pedazo de pan en el peto de su abrigo y, atando un frasco con agua a su cinturón, se calzó bien las botas, le quitó la pala a su sirviente y se dispuso a partir. Durante algunos momentos consideró en qué dirección sería mejor ir - todo era tan tentador!

‘No importa’, concluyó, ‘iré hacia donde el sol se pone’.

Volteó a ver hacia el este, se estiró y esperó a que el sol apareciera por encima del horizonte.

‘No debo perder tiempo’, pensó, ‘y es más fácil caminar mientras todavía hace fresco’.

Apenas habían los rayos del sol iluminado el horizonte que Pajóm tenía enfrente que éste, con la pala al hombro, se adentró en la estepa.

Pajóm empezó caminando ni despacio ni rápido. Al cabo de unas mil yardas, cavó un hoyo y amontonó pasto para hacerlo más visible. Continuó su camino y ahora que la caminata le había hecho abandonar su rigidez, empezó a acelerar el paso. Al cabo de un rato cavó otro hoyo.

Pajóm miró hacia atrás. A la luz del sol podía verse con toda claridad el cerro, con la gente en él, así como las ruedas de las carretas reflejando la luz. Pajóm calculó a ojo de buen cubero que había caminado unas tres millas. Estaba empezando a hacer más calor; se quitó su camiseta, se la puso en la espalda y siguió caminando. Para entonces ya hacía bastante calor; miró al sol. Era ya tiempo de pensar en el desayuno.

‘La primera vuelta está dada, pero hay cuatro en el día y todavía es muy temprano para regresar. Pero me voy a quitar las botas’, se dijo a sí mismo.

Se sentó, se quitó las botas, se las amarró al cinto y siguió caminando. Ahora era más fácil caminar.

‘Voy a andar todavía otras tres millas’, pensó, ‘y luego quebraré a la izquierda. El lugar es tan bonito que sería una pena perderlo. Mientras más lejos se va, mejor parece la tierra’.

Siguió caminando en línea recta durante algún rato y, cuando vio a su alrededor, el cerro era apenas visible y quienes allá estaban se veían como hormigas negras y apenas podía ver algo que brillaba con el sol.

‘Ah!’, pensó Pajóm, ya fui suficientemente lejos en esta dirección; es hora de dar la vuelta. Porque además estoy sudando mucho y tengo sed’.

Se detuvo, cavó un gran hoyo e hizo un montón de pasto. Acto seguido, tomó el frasco, dió un gran sorbo y luego dio decididamente vuelta a la izquierda. Y siguió y siguió; la hierba era alta y hacía mucho calor.

Pajóm empezó a sentirse cansado: miró al sol y vió que era el mediodía.

‘Bueno’, pensó, ‘tengo que descansar’.

Se sentó, comió algo de pan y bebió un poco de agua; pero no se recostó, pensando que si lo hacía podría quedarse dormido. Después de estar sentado un buen rato, siguió su camino. Al principio caminó sin dificultad: la comida le había devuelto las fuerzas; pero estaba haciendo un calor terrible y le entraron ganas de

dormir. No obstante, siguió adelante, pensando: ‘Una hora de sufrimiento y toda una vida por delante’.

También en esa dirección recorrió un buen trecho e iba a dar la vuelta a la izquierda una vez más cuando percibió una zona húmeda: ‘Sería una pena dejar eso fuera’, pensó, y cavó un hoyo al otro lado antes de volver a dar la vuelta. Pajóm miró hacia el cerro. El calor hacía al aire nebuloso: todo parecía borroso y, debido a esa neblina, apenas podía verse a la gente.

‘Ah!’, pensó Pajóm, ‘hice demasiado grandes los lados; a este lo tengo que hacer más corto’. Y siguió por lo que era el tercer lado, caminando cada vez más aprisa. Miró al sol: ya estaba llegando al horizonte y él todavía no hacía dos millas del tercer lado. Estaba a diez millas de la meta.

‘No’, pensó, ‘aunque mi tierra no quede pareja, ahora tengo que ir rápido en línea recta. Podría llegar demasiado lejos y así como está tengo ya un gran terreno’.

Así que Pajóm apresuradamente cavó un hoyo y se encaminó directamente hacia el cerro.

- IX -

Pajóm caminó directamente hacia el cerro, pero ahora caminaba con dificultad. Estaba exhausto por el calor, sus pies descalzos estaban cortados y magullados y sus piernas empezaron a flaquear. Ansiaba descansar, pero era imposible si quería estar de regreso antes de que el sol se pusiera. El sol no espera a nadie y se hundía cada vez más.

‘Ay!’, pensó, ‘si no hubiera cometido el error de abarcar demasiado! ¿Qué pasará si llego tarde?’

Miró hacia el cerro y al sol. Todavía estaba muy lejos de su meta y el sol ya estaba muy cerca del horizonte.

Pajóm caminó y caminó; le era muy difícil caminar, pero siguió haciéndolo cada vez más rápido. Se apresuró lo más que pudo, pero estaba todavía lejos del lugar. Empezó a correr, aventó su abrigo, sus botas, su frasco y su gorra y conservó sólo la pala, a la que usaba para apoyarse.

‘¿Qué voy a hacer?’, pensaba una y otra vez, ‘abarqué demasiado y arruiné todo el negocio. No voy a llegar antes de que el sol se ponga’.

Y este temor le hizo perder más el aliento. Pajóm siguió corriendo, con su camiseta y sus pantalones empapados pegados a él y con la boca reseca. Su pecho sonaba como el fragor de un herrero, su corazón latía como un martillo y sus piernas cedían, como si ya no le pertenecieran. El terror de morir por el esfuerzo se apoderó de Pajóm.

Aunque temeroso de morir, no podía detenerse. ‘Después de haber corrido todo ese trecho, van a decir que soy un tonto si ahora me detengo’, pensó. Y siguió corriendo y acortó la distancia: oía a los bashkires vociferando y gritándole y sus gritos infundieron aún más ánimo en su corazón. Reunió sus últimas fuerzas y siguió corriendo.

El sol ya estaba a punto de ocultarse y, cubierto por la niebla, parecía más grande, y rojo como la sangre. Ahora sí estaba a punto de ponerse! El sol ya estaba muy abajo, pero él también estaba cerca de su objetivo. Pajóm podía ya ver a la gente en el cerro moviendo los brazos para que se diera prisa. Podía ver el gorro de piel de zorro en el piso y el dinero sobre él y al jefe sentado en el piso, manteniendo la respiración. Y Pajóm recordó su sueño.

‘Hay tierra en abundancia’, pensó, ‘pero ¿me dejará Dios vivir en ella? Perdí a mi esposa, perdí a mi familia! Nunca llegaré al lugar!’

Pajóm miró al sol, el cual se tocaba ahora con la tierra: la mitad de él ya había desaparecido. Con las fuerzas que le quedaban se precipitó, inclinando su cuerpo hacia adelante de manera que sus piernas apenas podían seguirlo con la rapidez necesaria para impedir que cayera. Y justo cuando llegaba al cerro, de pronto todo quedó sumido en la oscuridad. Miró hacia arriba - el sol se había puesto! Lanzó un grito: ‘Todo mi trabajo fue en vano’, pensó, e iba a detenerse cuando oyó gritar a los bashkires y recordó que aunque para él, desde abajo, el sol parecía haberse puesto, ellos en la punta del cerro todavía podían verlo. Aspiró profundamente y subió corriendo el cerro. Alcanzo la cima y vio el gorro. Junto a él estaba sentado el jefe, riendo y agarrándose de las costillas. De nuevo Pajóm recordó su sueño y rompió en llanto: sus piernas cedieron, cayó hacia adelante y alcanzó a tocar el gorro con sus manos.

‘Ah!, este es un gran hombre!’, exclamó el jefe. ‘Cuánta tierra ganó!’.

El sirviente de Pajóm llegó corriendo y trató de levantarlo, pero vio que la sangre fluía de su boca. Pajóm estaba muerto!

Los bashkires chistaron con la lengua para mostrar su pena.

El sirviente recogió la pala y cavó una tumba en la que Pajóm cupiera y allí lo enterró. Dos metros de tierra, de la cabeza a los pies, era todo lo que necesitaba.